

Leer «Lolita» en Teherán

Azar Nafisi

Leer «Lolita» en Teherán

Traducción de M.^a Luz García



El Aleph Editores

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título de la edición original: *Reading Lolita in Teheran. A Memoir in Books*
© 2003, Azar Nafisi

Primera edición: octubre de 2003
Primera edición en esta colección: octubre de 2008

© de la traducción: M.^a Luz García de la Hoz, 2003
© de esta edición: El Aleph Editores, S. A.
Peu de la Creu, 4, 08001 Barcelona
correu@grup62.com
www.grup62.com

Fotocompuesto en Víctor Igual, S. L.
Impreso en Limpergraf, S. L.
ISBN: 978-84-7669-840-2
Depósito legal: B. 43.022-2008

*A la memoria de mi madre, Nezhat Nafisi
Para mi padre, Ahmad Nafisi, y mi familia:
Bijan, Negar y Dara Naderi*

¿A quién le explicamos lo que ocurrió en la Tierra? ¿Para quién disponemos por todas partes espejos gigantesos con la esperanza de que sean colmados y así se mantengan?

CZESŁAW MIŁOSZ, «Annalena»

Contenido

<i>Nota de la autora</i>	13
PRIMERA PARTE: <i>Lolita</i>	15
SEGUNDA PARTE: <i>Gatsby</i>	113
TERCERA PARTE: James	207
CUARTA PARTE: Austen	331
<i>Epílogo</i>	439
<i>Agradecimientos</i>	443

Nota de la autora

Ciertos aspectos de los personajes y los hechos que aparecen en esta historia se han modificado, principalmente para proteger a las personas, no sólo de la censura sino también de aquellos que leen esta clase de obras para averiguar quién es quién y quién le hizo qué a quién, para prosperar y colmar su propio vacío con secretos ajenos. Los hechos que se narran en este libro son verídicos en la medida en que los recuerdos pueden ser fidedignos, pero he hecho lo imposible por proteger a amigos y alumnos, bautizándolos con nombres falsos y disfrazándolos, cambiando e intercambiando facetas de sus vidas para que sus secretos queden a salvo.

PRIMERA PARTE

Lolita

I

En el otoño de 1995, tras dimitir de mi último puesto académico, decidí darme un capricho y cumplir un sueño. Seleccioné a siete de mis mejores y más entregadas alumnas y les invité a acudir a mi casa los jueves por la mañana para hablar de literatura. Todas eran mujeres, ya que dar una clase mixta en mi domicilio particular era demasiado arriesgado, aunque nos dedicáramos a hablar de inofensivas obras de ficción. Un varón muy cabezota al que había excluido de nuestra clase insistió en sus derechos. Se llamaba Nima, y quedamos en que leería el material asignado y vendría a casa en días especiales para hablar sobre los libros que estábamos leyendo.

A menudo les recordaba en broma a mis alumnas *The Prime of Miss Jane Brodie*, de Muriel Spark, y les preguntaba: «¿Quién de vosotras me traicionará?». Porque soy pesimista por naturaleza y estaba segura de que al menos una se volvería contra mí. En cierta ocasión Nassrin respondió con malicia: «Tú misma nos dijiste que al final somos nuestros propios traidores, los Judas de nuestro propio Cristo». Manna señaló que yo no era la señorita Brodie y que ellas... bueno, ellas eran lo que eran. Me hizo recordar una advertencia que yo acostumbraba a hacer: «Nunca, en ninguna circunstancia, menospreciéis una obra de ficción tratando de convertirla en un calco de la vida real; lo que buscamos en la ficción no es la realidad, sino la manifestación de la verdad». Aunque supongo que si tuviera que contravenir mi propia recomendación y elegir una

obra de ficción que sintonizara más con nuestra vida en la República Islámica de Irán, no elegiría *The Prime of Miss Jane Brodie*, ni siquiera 1984, sino *Invitado a una decapitación* de Nabokov o, mejor aún, *Lolita*.

La última noche que pasé en Teherán, un par de años después de comenzar con los seminarios de los jueves, unos pocos amigos y alumnos vinieron a casa para despedirse y ayudarme a hacer el equipaje. Cuando terminamos de vaciar la vivienda, cuando los objetos se esfumaron y los colores hubieron desaparecido en ocho maletas grises, como genios errantes que se desintegraran en sus respectivas botellas, mis alumnas y yo nos pusimos contra la pared blanca y desnuda del comedor y nos hicimos dos fotografías.

En este momento tengo las dos fotos ante mí. En la primera hay siete mujeres de pie, delante de una pared blanca. Todas llevan manto negro y pañuelo negro en la cabeza, de acuerdo con la ley del país; van totalmente tapadas, con excepción de las manos y del óvalo de la cara. En la otra fotografía están las mismas personas, en la misma postura, delante de la misma pared. Pero se han quitado el manto y el pañuelo. Manchas de color diferencian a una de otra. Destacan individualmente por el color y el estilo de la ropa, por el color y la longitud del cabello; ni siquiera las dos que llevan pañuelo parecen las mismas.

La que está en el extremo derecho de la segunda fotografía es nuestra poetisa, Manna, con camiseta blanca y vaqueros. Ha hecho poesía sobre temas que mucha gente desecha. La fotografía no refleja la especial opacidad de sus ojos oscuros, testimonio de su carácter tímido y reservado.

Junto a ella está Mahshid, cuyo largo pañuelo negro contrasta con sus rasgos de porcelana y su sonrisa retraída. Mahshid era experta en muchas cosas, pero poseía cierta elegante delicadeza y dimos en llamarla «mi señora». Nassrin solía decir que, más que definir a Mahshid, habíamos conseguido añadir otra dimensión a la palabra «señora». Mahshid es muy sensible. «Es como la porcelana —me dijo Yassi una vez—, fácil

de romper.» Por eso parece frágil a quienes no la conocen bien, pero ay de quien la ofenda... «En cuanto a mí —siguió diciendo con buen humor—, soy como el plástico recio de antes: no me rompo me hagan lo que me hagan.»

Yassi era la más joven del grupo. Es la que va de amarillo, está encorvada y riéndose a carcajadas. Solíamos pincharla diciendo que era nuestra actriz. Era tímida por naturaleza, pero había cosas que le entusiasmaban y hacían que se desinhibiera. Tenía un acento ligeramente burlón que ponía en duda no sólo a los demás, sino también a sí misma.

Yo soy la de marrón, estoy al lado de Yassi, con el brazo en su hombro. Inmediatamente detrás de mí está Azin, mi alumna más alta, con su largo cabello rubio y la camiseta rosa. Se está riendo, como las demás. Las sonrisas de Azin nunca parecían sonrisas; eran más bien como preludios de una hilaridad incontenible y nerviosa. Sonreía de aquella manera tan especial incluso cuando estaba contando el último problema que tenía con su marido. Siempre extravagante y franca, Azin saboreaba el factor sorpresa de sus actos y comentarios y a menudo chocaba con Mahshid y Manna. La llamábamos «la salvaje».

Al otro lado tengo a Mitra, que quizá era la más tranquila de todas. Como los colores pastel de sus cuadros, parecía difuminarse y desvanecerse en un registro más pálido. Su belleza se salvaba de lo previsible en virtud de un par de milagrosos hoyuelos que podía utilizar, y de hecho utilizaba, para conseguir que muchas víctimas desprevenidas se doblegaran ante su voluntad.

Sanaz, que, presionada por la familia y la sociedad, vacilaba entre su deseo de independencia y su necesidad de aprobación, está cogida del brazo de Mitra. Todas estamos riendo. Y Nima, marido de Manna y mi único crítico literario de verdad (ojalá tuviera constancia para acabar los brillantes ensayos que empezó a escribir), es nuestro compañero invisible, el fotógrafo.

Había otra más: Nassrin. No está en las fotografías, no llegó hasta el final. Pero mi historia estaría incompleta sin quienes no pudieron quedarse o no se quedaron. Como en muchos

otros escritos sobre aquella época, las ausencias persisten como un dolor agudo que no parece tener un origen físico. Eso es Teherán para mí: sus ausencias eran más reales que sus presencias.

Cuando veo a Nassrin en el recuerdo, está ligeramente desenfocada, borrosa, casi lejana. He estado mirando las fotografías que mis estudiantes se hicieron conmigo durante aquellos años y Nassrin aparece en varias, pero siempre escondida detrás de algo: una persona, un árbol. En una estoy con ocho estudiantes en el pequeño jardín que está delante de la facultad, escenario de muchas fotografías de despedida con el correr de los años. Al fondo hay un gran sauce, estamos riendo y, en un rincón, detrás del alumno más alto, asoma la cara de Nassrin, como un diablillo que se cuela pícaramente en una escena a la que no ha sido invitado. En otra apenas puedo distinguir su cara por el pequeño hueco en forma de V que forman los hombros de dos alumnas. En ésta parece perdida en sus pensamientos, con el entrecejo fruncido, como si no se diera cuenta de que le están haciendo una fotografía.

¿Cómo puedo describir a Nassrin? En cierta ocasión dije que era como el gato de Cheshire, apareciendo y desapareciendo inesperadamente en mi vida académica. La verdad es que no sé describirla: ella era su propia definición. Lo único que puede decirse es que Nassrin era Nassrin.

Durante dos años, casi todos los jueves por la mañana, lloviera o hiciera sol, venían a mi casa, y casi nunca dejaba de asombrarme cuando las veía despojarse de los velos y mantos obligatorios y estallar en colores. Al entrar en aquella sala se quitaban mucho más que el pañuelo y el manto. Poco a poco iban adquiriendo perfil y forma, convirtiéndose en su propio e inimitable ser. Nuestro mundo en aquella sala, con la ventana enmarcando las amadas montañas de Teherán, se convirtió en un santuario, en un universo autosuficiente que burlaba la realidad de los pañuelos negros y las caras hurañas de la ciudad que se extendía más abajo.

El tema de la clase era la relación entre ficción y realidad.

Leíamos literatura clásica persa, como los cuentos de nuestra heroína de ficción, Scherezade, de *Las mil y una noches*, junto con clásicos occidentales: *Orgullo y prejuicio*, *Madame Bovary*, *Daisy Miller*, *El diciembre del decano* y, desde luego, *Lolita*. Mientras escribo el título de cada libro, los recuerdos revolotean en el viento y turban la tranquilidad de este día otoñal en otra habitación, en otro país.

De vez en cuando me siento en ese otro mundo que tantas veces afloraba en nuestras conversaciones y vuelvo a imaginarme a mí y a mis alumnas, mis chicas, como acabé llamándolas, leyendo *Lolita* en una mal soleada habitación de Teherán. Pero, por utilizar las palabras de Humbert, el poeta/criminal de *Lolita*, «te necesito, lector, para que nos imagines, porque no existiremos de verdad si no lo haces». Contra la tiranía del tiempo y la política, imagínanos como ni siquiera nosotras nos atrevemos a veces a imaginarnos: en los momentos más íntimos y secretos, en los instantes de vida más extraordinariamente cotidianos, escuchando música, enamorándonos, paseando por las calles sombreadas o leyendo *Lolita* en Teherán. Y luego vuelve a imaginarnos, con todo esto confiscado, enterrado, arrebatado de nuestras manos.

Si escribo sobre Nabokov hoy es para conmemorar nuestra lectura de Nabokov en Teherán, contra todo pronóstico. Entre todas sus novelas, escogí la que enseñé al final, y la que está vinculada con muchos más recuerdos. Quiero escribir sobre *Lolita*, pero ya no puedo escribir sobre esa novela sin escribir también sobre Teherán. Así que ésta es la historia de *Lolita* en Teherán, de cómo *Lolita* dio un color diferente a Teherán y de cómo Teherán ayudó a redefinir la novela de Nabokov, convirtiéndola en esta *Lolita*, nuestra *Lolita*.